



Doña María, Lilly y Gunnar cuando aún vivían en Dinamarca

entusiasmado él mismo con la idea, y así se lo hizo saber a su mujer. Hasta muy avanzada la noche discutieron el asunto y ambos resolvieron por correr el riesgo de la aventura.

Al día siguiente comenzaron a dar los pasos necesarios para incorporarse a la emigración. Se juntaron cinco matrimonios, que como el del señor Moller, tenían hijos, siete hombres solteros y una joven también soltera.

El entusiasmo de los expedicionarios, acuciado por los buenos informes de los comisionados, no desmayó a pesar de que el Gobierno danés no quiso darles ningún apoyo, antes bien les hizo saber que el paso lo daban ellos por su propia cuenta y riesgo, sin responsabilidades para el Gobierno. Ellos, sin embargo, confiaban en las promesas del Gobierno de Nicaragua.

Por fin, en un día del mes de Junio de 1923, se embarcaron en Amberes y después de un mes de navegación desembarcaron en Corinto. Allí les esperaban los comisionados, mas notaron que no había ninguna representante del Gobierno de Nicaragua, cosa que les extrañó sobremanera.

Los comisionados les informaron, empero, que el Gobierno les había prometido dar acogida hasta tres mil daneses, y que hasta entonces había cumplido fielmente lo prometido.

En Corinto se les arregló todo lo relacionado con sus pases y papeles de inmigración y después de dos días de esos ajetreos burocráticos, partieron por ferrocarril a Managua, costeados el transporte por el Gobierno.

En Managua fueron alojados en el Hotel "Rosa Blanca" e inmediatamente notaron la buena clase de comida que se les servía y la abundancia de las viandas. A la señora Moller le llamó la atención la forma de servirles el banano, frito y condimentado con canela, cuando ella estaba acostumbrada a comerlo crudo. Un día, a la hora del opíparo almuerzo, pidieron

conocer a la cocinera, y al serles presentada, la aplaudieron con entusiasmo, única forma que tenían de expresarles la admiración por su arte culinario y el agradecimiento por su esmero en agradecerles.

Después de permanecer unos cinco días en Managua, les fue concedida audiencia con el Presidente, don Diego Manuel Chamorro. Sólo uno de los comisionados hablaba español y fue éste quien sirvió de intérprete en la entrevista. Don Diego les habló de las buenas posibilidades de éxito para aquellos que quisiesen hacer de Nicaragua su segunda patria donde encontrarían, por su dedicación y esfuerzo, la sólida prosperidad que les ofrecía un país rico en tierras agrícolas. Todos quedaron bien impresionados de la prestancia señorial del Presidente y de sus buenos deseos por el feliz éxito de la inmigración danesa.

Inmediatamente se comenzaron a hacer los preparativos para el traslado de los recién llegados de Managua a Matagalpa. Por ese tiempo los medios de transporte eran rudimentarios y el que se usó para el viaje fue el primitivo de la carreta. Seis días duraron en el viaje. Por las noches dormían en hamacas colgadas de los árboles a la orilla del camino, o de los pilares u horcones de las casas de campo cuando lograban pasar las noches en mejores condiciones. Comían lo mejor que podían, añorando las viandas del Hotel "Rosa Blanca", o aquellas, más ricas aun por el recuerdo y la nostalgia, de sus casas de Dinamarca.

Por fin llegaron a Matagalpa a principios del mes de Agosto y fueron alojados en las casas, desocupadas entonces, que ahora son propiedad de don Otto Kuhl y la familia Navarro. El Hotel "Bermúdez" se encargó de proveerles la alimentación, costeadas ya por los mismos inmigrantes, quienes habían recibido los ochenta dólares ofrecidos por el Gobierno de Nicaragua.

Los propietarios del Hotel se encargaron de conseguirles los medios para transportarse a la región del Río Blanco que los originales comisionados habían escogido como la mejor para fincarse. El medio escogido en esta ocasión, como el más apropiado para el trayecto, fue el de mulas. Don Eudoro Mantilla y don Enrique Smith facilitaron las bestias necesarias.

Había comenzado la época de las lluvias, mas el determinado empeño que les animaba, no desmayó por esa circunstancia. Cargaron sus ropas y enseres, montaron las cabalgaduras y emprendieron el viaje. Fue dura y penosa la travesía. Los caminos quebrados, fangosos y difíciles. Los cuerpos molidos, las piernas adoloridas y maltratadas por la falta de costumbre a esa clase de medios de transporte.

Llegaron a San Ramón donde se encontraron con unos norteamericanos, la familia Fraumberg, quienes les insinuaron no continuar el viaje con las familias, que las dejaran en Matagalpa y que sólo los hombres se internaran a la montaña. Ninguna de las mujeres aceptó la insinuación y todas prefirieron seguir a sus maridos y arrostrar con ellos los peligros.

Después de descansar en San Ramón continuaron el viaje hasta que llegaron al Río Guabule, donde se alojaron en casa de la familia Alm, que tenía allí su residencia en una hermosa hacienda que habían formado luchando contra la jungla.